

tanto las aspiradas como las dobles; y finalmente dicen que Palamedes ha agregado a ellas las largas.

Así, antes de que sucediera todo esto entre los griegos, no existía la Verdad: Porque su cuerpo según tú, Marcos es posterior a Cadmos y a sus predecesores, posterior también a los que añadieron las demás letras, posterior en fin a ti: puesto que solamente tú has convertido en ídolo aquello que llamas la Verdad.

15,5. ¿Quién podrá soportar tu Silencio tan locuaz, que nombra al Innominable, describe al Indescriptible, explora al Impenetrable, y afirma, según tú, que aquél que está sin cuerpo y sin figura ha abierto la boca y ha proferido una Palabra, como cualquiera de esos vivientes, que están compuestos de partes, y que esta Palabra, semejante al que la ha proferido y forma del Invisible está hecha de treinta letras y cuatro sílabas? Por tanto, a causa de su semejanza con el Logos, el Padre de todas las cosas, como tú dices, estará hecho de treinta letras y cuatro sílabas.

O también ¿quién podrá soportar que tú quieras encerrar en las figuras y en los números —ora de treinta, ora de veinticuatro, ora solamente de seis— al que es el Creador, el Demiurgo, y el Autor de todas las cosas, a saber el Verbo de Dios; a quien tú le encierras en cuatro sílabas y treinta letras; a quien tú le proclamas Señor de todas las cosas, y a quien ha consolidado los cielos^a con el número 888, como lo has demostrado tú con el alfabeto; a quien contiene todas las cosas y no es contenido por nadie^b, y tú le subdivides en Tétrada, Ogdóada, Década y Dodécada y que, por tales multiplicaciones, expresas detalladamente lo que es, como tu dices, la indecible e inconcebible naturaleza del Padre? Y a aquel que tú llamas incorpóreo y sin substancia tú le fabricas la esencia y la substancia con una multitud de letras salidas unas de otras, como Dédalo mentiroso que tú eres y malvado artesano del Poder Supremo. Y esta substancia, que dices indivisible, tú la subdivides en consonantes mudas, en vocales y semivocales, atri-

buyendo falsamente las mudas al Padre y a su Pensamiento: sumerges por ello en lo más profundo de las blasfemias y en la mayor de las impiedades a todos aquellos que se fían de ti.

15,6. Por eso con justo título y de una manera apropiada a tu audacia es como este anciano divinamente inspirado y este heraldo de la verdad te ha demostrado por medio de los versos siguientes:

Marcos ¡tú no eres más que un fabricante de ídolos y un charlatán avezado a los artificios de la astrología y de la magia por los que consolidas tus falsas doctrinas, señalas a los que son engañados por ti las obras del Poder apóstata, obras que te da sin cesar tu padre Satanás para que las realices por medio del poder del ángel Azazel, porque él tiene en ti un precursor de la impiedad que debe desencadenarse contra Dios.

Tales son las palabras del viejo amigo de Dios. Nosotros, en cambio, vamos a tratar de explicar brevemente el resto de sus misterios, que son largos, y poner al descubierto lo que ha estado oculto durante tanto tiempo.

Así esas aberraciones podrán ser refutadas sin dificultad por todo el mundo.

16,1. Los que reducen todo a números, diciendo que todas las cosas traen su origen del uno y del dos, se esfuerzan por describir «místicamente» el origen de sus Eones, así como el extravío y hallazgo de la oveja^a, haciendo un conjunto de todo ello. Contando del uno al cuatro originan la Década: porque el uno, el dos, el tres y el cuatro sumados dan origen al número de diez Eones.

A su vez la diada, progresando a partir de ella, hasta el número insigne —o sea dos más cuatro más seis— hace aparecer la Dodécada. En fin, si contamos de la misma manera a partir de la diada hasta el diez, vemos aparecer la Triacóntada (Treintena), en la que se incluyen: la Ogdóada, la Década y la Dodécada. La

Dodécada por tanto, por el hecho de que tiene el número insigne para terminar, es llamada por ellos «pasión». Por eso habiendo sobrevenido una defección en el número doce, la oveja ha saltado afuera y se ha extraviado: porque, según ellos, la apostasía se ha realizado a partir de la Dodécada. De la misma manera también conjeturan que una virtud especial salida de la Dodécada ha perecido: y que la Dodécada es la mujer que ha perdido su dracma, ha encendido una lámpara y ha encontrado el dracma^b. Así por tanto, los números restantes, es decir, el nueve para los dracmas y el once para las ovejas, mezclándolos entre sí dan origen al número 99, porque $9 * 11 = 99$.

He aquí por qué, según ellos, la palabra «Amén» posee ese número.

16,2. Yo no vacilaré en referirte también otra de sus interpretaciones, para que puedas contemplar su «fruto» desde todos los puntos de vista. Afirman, en efecto, que la letra «eta», si se cuenta el número insigne, es la Ogdóada, porque ocupa así el octavo lugar a partir de la primera letra.

Contando después sin el número insigne (el 6) el número formado por esas mismas letras y añadiendo a él el valor de «eta», obtienen el número 30. Si alguien comenzando en la letra «alfa» y terminando en la «eta», suma los valores de las letras, dejando a una lado el número insigne y agregando a esa suma el valor de la «eta» tendrá el número 30. Yendo hasta la letra épsilon, se obtiene el número 15, añadiendo después la «dseda» se obtiene el número 22; y, en fin, cuando se añade a ellos la «eta», que es el ocho, se tiene el Pleroma de la treintena admirable. ¡Prueban ellos de esta manera que la Ogdóada es la Madre de los treinta Eones! Y puesto que el número 30 resulta de la unión de tres «virtudes», repetido tres veces da el número 90: porque $3 * 30 = 90$. Por otra parte la tríada, multiplicada por sí misma, da el número 9.

Resulta así que la Ogdóada origina el número 99.

Y puesto que el duodécimo Eón, al caer ha dejado arriba los once restantes, dicen consecuentemente que la forma de las letras ha sido dispuesta según la figura del Logos.

En efecto, la letra undécima es la «Lambda» que hace el número 30, y esta letra ha sido dispuesta a imagen de la «economía» de arriba, puesto que, si, yendo del alfa a la lambda y, dejando de lado el número insigne, se suman a la vez los números crecientes correspondientes a las diferentes letras, la lambda incluida, se obtiene el número 99.

Mas como la letra «lambda», que ocupa el puesto undécimo, ha descendido en busca de su semejante, para completar el número 12, cuando lo ha hallado, ha sido completada. Lo cual parece evidente por el dibujo mismo de la letra: porque la letra lambda, habiendo ido en busca de su semejante, habiéndola hallado después y adueñada de ella, ha ocupado el duodécimo lugar, puesto que la letra M está hecha de la unión de dos «lambdas»:

Por este motivo huyen ellos por medio de la «gnosis» de la región del número 99, es decir, de la «deficiencia» representada por la mano izquierda, buscando la unidad, que añadida al 99 les hará pasar a la mano derecha¹.

16,3. Tú, pasando por alto todo ello, sé que reirás de buen grado tamaña ineptitud suya. Son dignos de lástima los que describen una religión tan venerable y una grandeza realmente indescriptible de la virtud y tan grandes «economías» de Dios por medio del alfabeto y de cifras dispuestas de manera tan fría y tan arbitraria.

Todos aquellos, que se separan de la Iglesia y se adhieren a estos cuentos de viejas^a, son realmente los autores de su propia condenación^b.

¹ Hasta el número 99 es la mano izquierda. El número 100 es ya la mano derecha. — 16,3 a) I Tim. 4, 7; b) Tit. 3, 11.

De los que Pablo nos manda separarnos después de la primera y segunda amonestación^c. Juan, el discípulo del Señor, los ha condenado de una manera más severa todavía, no queriendo siquiera que les saludemos: «El que les saluda, dice él, participa de sus malas obras»^d. Nada más justo: «porque no hay paz para los impíos»^e, dice el Señor. Ahora bien son impíos sobre toda impiedad los que dicen que el Creador del cielo y de la tierra, el solo Dios todopoderoso, sobre quien no hay otro Dios, ha salido de una deficiencia, proveniente también ella de otra deficiencia, de suerte que ésta, según ellos, sea producto de una tercera. Rechazando y anatematizando, como ella lo merece, esta manera de pensar, nos es preciso huir lejos de ellos, y cuanto más defienden sus teorías y se alegran de sus hallazgos, tanto más es preciso que sepamos que están agitados por la Ogdóada de espíritus malvados.

Cuando los enfermos deliran: se ríen más, creen encontrarse bien, y hacen todo como si estuvieran sanos, incluso más que los mismos sanos, están en realidad más enfermos.

De la misma manera estas personas: cuanto más elevados pensamientos creen poseer y deshacen sus nervios a base de realizar cosas inverosímiles, tanto más se alejan del buen juicio. Porque cuando sale el espíritu impuro de la ignorancia y los encuentra dedicados, no a Dios, sino a cuestiones mundanas, toma con él a otros siete espíritus peores que él; y llenando de orgullo sus mentes, les hace creer que podrán comprender lo que es superior a Dios, y, después de disponerlos convenientemente para su perdición, deposita en ellos la Ogdóada de la ignorancia de los espíritus perversos.

Especulaciones e interrelaciones gnósticas que se refieren al Pleroma

17,1. Quiero referirte también cómo, según ellos, la creación misma ha sido hecha, a imagen de las realidades invisibles, por el Demiurgo, sin que éste lo supiera, gracias a la intervención de la Madre. Dicen en primer lugar que los cuatro elementos: Fuego, agua, tierra y aire, han sido producidos como una imagen de la Tétrada superior. Viniendo después sus operaciones respectivas a unirse a ellos, a saber, lo cálido, lo frío, lo húmedo y lo seco, representan exactamente a la Ogdóada. Enumeran a continuación las diez virtudes siguientes: en primer lugar siete cuerpos redondos, que ellos llaman cielos, después el círculo que los contiene y que ellos llaman el octavo cielo y finalmente el sol y la luna. Estos cuerpos, en número de diez, son la imagen de la Década invisible, salida del Logos y de la Vida. En cuanto a la Dodécada está indicada por el círculo llamado zodíaco: porque, según ellos, los doce signos del Zodíaco manifiestan la Dodécada, hija del Hombre y de la Iglesia.

Y puesto que proclaman que el cielo más alto se opone a la rapidez de los demás astros, entorpeciendo con su masa y contrapesando la rapidez con su lentitud, de modo que realiza el ciclo completo de signo en signo en treinta años, dicen que ese ciclo es una imagen del Límite, que envuelve a su Madre, portadora del trigésimo nombre. La luna, a su vez realizando el recorrido de su cielo en treinta días, indica con ello el número de Eones.

El Sol, al completar su revolución circular en doce meses, manifiesta por medio de esos doce meses la Dodécada. Los días mismos, al estar medidos por medio de doce horas, son la imagen de la Dodécada invisible.

La hora misma, al ser la duodécima parte del día, se divide en treinta partes para ser una imagen de la Triacóntada (Treinta).

El círculo del zodíaco admite también 360 grados: porque cada uno de los signos tiene treinta grados. Así, por medio del círculo, se conserva la imagen de la conjunción del número doce con el número treinta.

Incluso la tierra, según ellos, está dividida en doce zonas, en cada una de las cuales recibe ella perpendicularmente de los cielos una «Virtud» particular y coloca en el mundo unos hijos semejantes a la «Virtud» que ha ejercido su influjo: de manera que la tierra es ostensiblemente, según ellos, la figura de la Dodécada y de sus hijos

17,2. Además dicen que el Demiurgo quiso imitar el carácter infinito, eterno, ilimitado e intemporal de la Ogdóada de arriba, pero que no pudo reproducir su fijeza y eternidad porque era el fruto de una deficiencia; que cambió la eternidad de la Ogdóada en lapsos de tiempo, momentos y cantidades considerables de años, imaginándose poder, por la duración de los lapsos de tiempo, imitar la eternidad de la Ogdóada. Dicen aquí que como la verdad ha huido de él, le ha seguido la mentira: y por eso, en la consumación de los siglos, su obra sufrirá la destrucción.

18,1. He aquí cómo cada uno de ellos, al hablar de la creación, encuentra cada día, tanto como puede, alguna novedad: porque entre ellos ninguno es tan «perfecto» como aquel que produce, como frutos, copiosas mentiras.

Mas nos es preciso indicar también, para poder refutarlos ulteriormente, todas las deformaciones que introducen en los oráculos de los profetas.

Moisés, según ellos, comenzando el relato de la obra de la creación, muestra de golpe, desde el principio, a la Madre de todos los seres, cuando dice: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra»^a. Al nombrar estas cuatro cosas, a saber, Dios, el principio, el cielo y la tierra, Moisés ha indicado, según ellos, a su Tétrada. Y ha mostrado su carácter invisible y oculto por las palabras: «Ahora bien la tierra era invisible y no organizada aún»^b: La segunda Tétrada, retoño de la primera, la ha expresado Moisés con los nombres del abismo, las tinieblas y las aguas contenidas en ellos y el Espíritu que aleteaba sobre las aguas^c. Haciendo des-

pués mención de la Década, ha citado la luz, el día, la noche, el firmamento, la tarde, la mañana, la tierra seca, el mar, la hierba y en décimo lugar el árbol^d: es así cómo, por estos diez nombres, ha indicado él los diez Eones. En cuanto a la virtud de la Dodécada, ha sido indicada en Moisés: porque ha citado el sol, la luna, las estrellas, las estaciones, los años, los monstruos marinos, los venenos, las serpientes, las aves, los cuadrúpedos, los animales salvajes y, sobre todo en duodécimo lugar, el hombre^e.

He aquí, enseñan ellos cómo el Espíritu, por medio de Moisés, ha hablado de la Triacóntada (Treintena).

Esto no es todo. Modelado a imagen^f del Poder Supremo el hombre posee en si una virtud que proviene de la única fuente.

Esta virtud tiene su sede en el cerebro.

De esta virtud proceden cuatro virtudes menores a imagen de la Tétrada superior: que se llaman, la vista, el oído, el olfato y el gusto. Dicen que la Ogdóada está representada así en el hombre: tiene éste dos orejas, dos ojos, dos ventanas en la nariz, y doble degustación, de lo amargo y de lo dulce.

Y el hombre todo entero es la imagen integral de la Triacóntada, de la manera siguiente: en sus manos, por medio de sus diez dedos lleva la Década, en su cuerpo, dividido en doce miembros, lleva la Dodécada. Porque dividen el cuerpo, tal como está dividido entre ellos el cuerpo de la verdad, de lo que hemos hablado anteriormente. En cuanto a la Ogdóada, que es indecible, e invisible se concibe como escondida en las entrañas.

18,2. Dicen que el sol, ese gran luminar, ha sido hecho el día cuarto^a a causa del número de la Tétrada. Las colgaduras del tabernáculo, erigido por Moisés, hechas de lino fino, de jacinto, de púrpura y de escarlata^b ofrecen, según ellos, la misma imagen. El pectoral del sacerdote, adornado de cuatro clases de piedras preciosas^c, significa igualmente la Tétrada. En una palabra, todo

18,1 d) Gen. 1, 3, 13; e) Gen. 1, 14-28; f) Gen. 1, 26. — 18,2 a) Gen. 1, 14-19; b) Ex. 26, 1; c) Ex. 28, 17.

lo que en las Escrituras se expresa con el número cuatro, dicen que ha sido hecho a causa de su Tétrada. La Ogdóada, a su vez, aparece en el hecho de que el hombre ha sido modelado, según ellos, el día octavo^d.

Porque afirman unas veces que ha sido hecho el día sexto, y otras el día octavo, a no ser que digan que el hombre «choico» ha sido modelado el día sexto, y el hombre carnal el octavo: porque ellos distinguen estas dos cosas. Hay quienes distinguen al hombre «espiritual», macho-hembra a la vez, hecho a imagen y semejanza de Dios^e, del hombre modelado con el lodo de la tierra^f.

18,3. Dicen que la «economía» misma del arca del diluvio en la que se salvaron^a ocho hombres, manifiesta claramente la Ogdóada salvífica. Que David significa lo mismo por el hecho de que era el octavo entre sus hermanos^b. Que de la misma manera la circuncisión, que tenía lugar el día octavo^c, manifiesta la circuncisión de la Ogdóada superior. Y que absolutamente todo lo que en las Escrituras es susceptible de expresarse con el número ocho realiza, según ellos, el misterio de la Ogdóada.

También la Década está indicada por las diez naciones que prometió Dios dar en posesión a Abraham^d.

Se manifiesta también por la «economía» de Sara, que, después de diez años, entregó su esclava Agar a Abraham para que tuviera descendencia de ella^e. También el siervo de Abraham enviado a Rebeca y que le da un regalo de diez brazaletes de oro junto al pozo^f, los hermanos de Rebeca que le retienen durante diez días^g, Jeroboán cuando recibe los diez cetros^h, las diez colgaduras del tabernáculoⁱ, los tablones de diez codos^j, los diez hijos de Jacob enviados por primera vez a Egipto a comprar trigo^k, los diez apóstoles a los que aparece el Señor después de su

18,2 d) Gen. 2, 7; e) Gen. 1, 26; f) Gen. 2, 7. — 18,3 a) Gen. 7, 7, 13, 23. I Pedr. 3, 20; b) I Sam. 16, 10-11; c) Gen. 17, 12; d) Gen. 15, 19-20; e) Gen. 16, 2-3; f) Gen. 24, 22; g) Gen. 24, 55; h) I Reyes 11, 31; i) Ex. 26, 1; j) Ex. 26, 16; k) Gen. 42, 3.

resurrección cuando no estaba presente Tomás: manifiestan, según ellos, la Década invisible.

18,4. La Dodécada, en la que se ha producido el misterio de la «pasión» de una deficiencia —es aquella «pasión» de la que, según ellos, se han formado las cosas visibles— se encuentra de manera clara y manifiesta en todas partes:

Así los doce hijos de Jacob^a, de donde han salido las doce tribus^b; el peccoral de variados colores, que posee doce piedras preciosas y doce cascabeles^c; las doce piedras colocadas por Moisés al pie de la montaña^d; las doce piedras colocadas por Josué en medio del río^e; y otras doce que fueron colocadas al otro lado del río^f; los doce hombres que llevaban el arca de la alianza^g; las doce piedras colocadas por Elías en el holocausto del toro^h; los doce apóstoles y en fin: en una palabra, todo lo que presenta el número doce significa para ellos su Dodécada.

El conjunto de todos los Eones, llamado por ellos la Triacontada (Treintena), está indicado por el arca de Noé, cuya altura era de treinta codosⁱ; por medio de Samuel cuando hace sentarse a Saúl el primero de treinta invitados^j; por medio de David, que se escondió durante treinta días en el campo^k, por medio de los treinta hombres que entraron con él en la cueva^l; y por la longitud del tabernáculo santo que, era de treinta codos^m.

Y, todas las veces que encuentran otros pasajes donde figura este número, aseguran probar por medio de ellos su Triacontada.

Interpretaciones marcosianas referentes al desconocido Padre (19-20)

19,1. He juzgado necesario añadir a todo esto lo que, con la ayuda de textos arrancados de las Escrituras, tratan de persuadir

18,4 a) Gen. 35, 22-26; b) Gen. 49, 28; c) Ex. 28, 21; 36, 21; d) Ex. 24, 4; e) Jos. 4, 9; f) Jos. 4, 20; g) Jos. 3, 12; h) I Rey. 18, 31; i) Gen. 6, 15; j) I Sam. 9, 22; k) I Sam. 20, 5; l) II Sam. 23, 13; m) Ex. 26, 8.

acerca de su Padre, desconocido para todos antes de la venida de Cristo: quieren demostrar que Nuestro Señor ha anunciado a otro Padre diferente del Creador de este mundo el cual como lo hemos dicho ya, según estos malvados blasfemos, es el «fruto de una deficiencia».

Por tanto, cuando Isaías dice: En cambio Israel no me conoce y mi pueblo no me comprende ^a, pretenden que ha hablado de la ignorancia del Abismo invisible. Toman en el mismo sentido la palabra de Oseas que dice: «No hay en ellos ni verdad ni conocimiento de Dios» ^b. El versículo: «No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios; todos se extraviaron, todos se corrompieron» ^c, lo entienden de la misma ignorancia del Abismo.

La palabra de Moisés: «No puede verme hombre alguno y vivir», tiene también relación con el Abismo.

19,2. Porque, según ellos, el Creador del mundo ha sido visto por los profetas; y en cambio aquella palabra que dice: «No puede verme hombre alguno y vivir» ^a, creen que ha sido dicha de la grandeza invisible y desconocida de todos.

Nosotros, en el transcurso de nuestro trabajo mostráramos que esta palabra: «Nadie verá a Dios» ha sido dicha de Aquel que es el Padre invisible y el Creador de todas las cosas, lo cual es evidente para todos nosotros, y que se refiere, no al Abismo inventado por ellos, sino al Creador que no es otro que el Dios invisible. También Daniel, según ellos, muestra su ignorancia, cuando pregunta al ángel la explicación de las parábolas.

Y el ángel oculta a sus ojos el gran misterio del Abismo, cuando le responde: «Retirate, Daniel, porque estas palabras han de quedar encerradas hasta que comprendan los inteligentes y se vuelvan brillantes los que serán brillantes» ^b. Y se jactan de ser ellos «los brillantes» y «los inteligentes».

19,1 a) Is. 1, 3; b) Oseas, 4, 1; c) Ps. 13, 2-3. Rom. 3, 11-12; d) Ex. 33, 20. — 19,2 a) Ex. 33, 20; b) Dan. 12, 9-101.

20,1. Introducen además subrepticamente una multitud infinita de Escrituras apócrifas y bastardas, confeccionadas por ellos, para impresionar a los necios y a los que ignoran los escritos auténticos. Con este mismo fin añaden la siguiente falsedad: Cuando el Señor era niño y aprendía las letras, el maestro, según su costumbre, le decía: Di alfa; a lo que respondía él «alfa». Mas, cuando a continuación el maestro le ordenaba decir «beta», el Señor le contestaba: Dime tú primero qué es «alfa», y yo te diré después lo que es «beta».

Explican ellos esta respuesta del Señor como si él solo fuera el conocedor del Incognoscible, 2 al que le manifestaba bajo la figura de la letra alfa.

20,2. Transforman también en el mismo sentido algunas palabras que figuran en el Evangelio. Así la respuesta que el Señor, a la edad de doce años, dio a su madre: «¿No sabéis que yo debo ocuparme en las cosas que son de mi Padre?»^a, les anuncia, según ellos, al Padre que no conocían. Por este motivo envió también a sus discípulos a las doce tribus^b anunciando al Dios que les era desconocido. De la misma manera a Aquel que le decía: «Maestro bueno»^c. Señaló el Señor sin rodeos al Dios verdaderamente bueno, respondiéndole: «¿Por qué me llamas bueno?» Uno solo es bueno, el Padre que está en los Cielos^d. Los cielos, de que aquí se trata, son, según ellos, los Eones. Por eso el Señor no respondió a los que le preguntaban: ¿Con qué autoridad haces esto?^e, sino que les dejó consternados con su pregunta, poniéndoles en situación embarazosa^f: No respondiendo, explican ellos, mostró el Señor el carácter indecible del Padre. En cambio en aquello que dijo: «A menudo deseé oír una sola de esas palabras y no hubo quien me la dijera^g», es, dicen ellos, de alguien que manifiesta, por medio de esta palabra, al único Dios, a quien no conocían. Asimismo, cuando el Señor se fue acercan-

20,2 a) Luc. 2, 49; b) Mat. 10, 5-6; c) Mat. 19, 16; d) Mat. 19, 17; e) Mat. 21, 23; f) Mat. 21, 24-27; g) Agrafo.

do a Jerusalén, lloró sobre ella y dijo: «Ah, si en este día conocieras también tú el mensaje de la paz, mas ahora está oculto a tus ojos»^h, con esta última frase manifestó el misterio escondido del Abismo. Y cuando dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos y os haré mis discípulosⁱ», anunció al Padre de la Verdad: porque, dicen, les prometió enseñar lo que ignoraban.

20,3. En fin, como prueba de todo lo que precede y, por decirlo así, como expresión última de todo su sistema, aducen el texto siguiente: «Yo te alabo, Padre, Señor de Cielos y Tierra, porque, habiendo escondido estas cosas a los sabios y prudentes, las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque tal ha sido tu voluntad. Todas las cosas me han sido confiadas por mi Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, y aquel a quien el Hijo lo revelare^a.

Con estas palabras, según ellos, ha manifestado el Señor claramente que, antes de su venida, nadie conoció al Padre de la Verdad descubierto por ellos; y afirman que el Autor y Creador del mundo ha sido siempre conocido de todos, en tanto que las palabras del Señor se refieren al Padre desconocido de todos, a quien ellos anuncian.

Diversidad de ritos de «redención» en uso entre los Marcosianos

21,1. Ocurre que es invisible e inasible la tradición que se refiere a su «redención», porque esta «redención» es la madre de los seres inasibles e invisibles. Por eso, como es inestable, no puede ser descrita simplemente y por medio de una sola fórmula, porque cada uno de ellos la trasmite como quiere: porque cuantos son los iniciadores en los misterios de esta doctrina, tantas son las «redenciones». Que esta clase de personas ha sido enviada secretamente por Satanás, para la negación del bautismo de rege-

neración en Dios y para la destrucción de toda la fe, lo mostraremos en el lugar adecuado, cuando los refutemos.

21,2. ¡La «redención», según ellos, es necesaria para aquellos, que han recibido la «gnosis perfecta», para que puedan ser regenerados en la Virtud, que está por encima de todo.

A falta de ella es imposible entrar en el Pleroma, porque es esta «redención» la que hace descender a las profundidades del «Abismo»!

El bautismo fue un hecho del Jesús visible, realizado para la remisión de los pecados, en cambio la «redención» fue un hecho del Cristo, que descendió dentro de Jesús para la perfección. El bautismo era «psíquico», en cambio la «redención» era «espiritual». El bautismo fue anunciado por Juan para la penitencia; mas la «redención» fue realizada por Cristo para la «perfección». Es a esto a lo que él hacía alusión cuando decía: «Hay otro bautismo con que debo ser bautizado, y me dirijo rápidamente hacia él^a. De la misma manera, a los hijos del Zebedeo, cuando su madre pedía que les hiciera sentarse al uno a su derecha y al otro a su izquierda con él en el reino, el Señor les ofreció esta «redención», cuando les dijo: «¿Podéis ser bautizados con el bautismo con que voy a ser bautizado yo?^b». Así también Pablo, según ellos, ha indicado expresamente y muchísimas veces esta «redención» que está en Cristo Jesús^c, es la misma que es transmitida por ellos bajo formas variadas y discordantes.

21,3. Porque alguno de ellos disponen de una cámara nupcial y realizan en ella toda una serie de invocaciones de iniciación en los misterios: pretendiendo efectuar así un matrimonio «espiritual» a semejanza de las syzygias¹ de arriba. Otros en cambio los conducen al agua y, sumergiéndolos allí, pronuncian sobre ellos estas palabras: «En nombre del Padre, desconocido de todas las cosas, en la Verdad, Madre de todas las cosas, en aquel que

21,2 a) Luc. 12, 50; b) Mat. 20, 22. Marc. 10, 38; c) Rom. 3, 24. Ef. 1, 7. Col. 1, 14. — 1 Parejas de Eones.

descendió sobre Jesús: para la unión, redención y comunión de las Virtudes». Otros profieren sobre ellos estas palabras hebreas para llenarles de estupor e impedir que sean iniciados. Así: Basy-ma cacabasa eanaa irranmista diabada caeota bafobar camelant-hi». Lo que traducido dice así: «Yo invoco al que está por encima de todo el poder del Padre y se llama Luz, Espíritu, y Vida: porque tú has reinado en un cuerpo». Otros proclaman también la «redención» de la manera siguiente: El Nombre que está escondido de toda Divinidad, Señorío o Verdad, que Jesús de Nazaret ha revestido en las zonas de la luz de Cristo, que vive por el Espíritu Santo, para la redención de los ángeles es el Nombre de la restauración:

«Messia ufar magno in seenchaldia mosomeda eaacha fero-nepseha Jesu Nazarene». Cuya interpretación es la siguiente: «¡Yo no divido el Espíritu, el corazón y el supraceleste poder misericordioso de Cristo: Disfrutaré de tu nombre, Salvador de la Verdad!». Así hablan los que realizan la iniciación (en los misterios).

El iniciado responde entonces: Estoy confirmado y redimido, y rescato mi alma de este siglo y de todo lo que deriva de él en nombre de Iao, que ha redimido su alma para la «redención» en el Cristo que vive. Los presentes dicen a continuación: «¡Paz a todos aquellos sobre los que reposa este nombre!». Después ungen al iniciado con el bálsamo: Este ungüento, según ellos, es figura del buen olor derramado sobre los Eones.

21,4. Algunos de ellos juzgan como cosa inútil el conducir a alguien al agua, mezclando por eso el aceite con el agua y, pronunciando unas fórmulas, del género de las que hemos dicho anteriormente, vierten la mezcla sobre la cabeza de los iniciados y sostienen que ésta es la «redención». Los ungen también con el bálsamo. Otros en cambio, rechazando todas estas prácticas, dicen que no se debe realizar el misterio del Poder indecible e invisible por medio de criaturas visibles y corruptibles, ni el misterio de las realidades inconcebibles, incorpóreas e insensibles por medio de cosas sensibles y corporales. La «redención» per-

fecta, según ellos, consiste en el conocimiento mismo de la Grandeza indecible: puesto que la deficiencia y la pasión han salido de la ignorancia, es preciso que sea deshecha toda ignorancia por medio de la «gnosis», a fin de que sea ésta la «redención» del hombre interior. Esta «redención» ni es corporal, puesto que el cuerpo es corruptible, ni «psíquica», puesto que también el alma proviene de la deficiencia y no es más que la morada del «espíritu»: por tanto la «redención» es necesariamente «espiritual».

De hecho, el hombre interior o «espiritual» es redimido por la «gnosis», y les es suficiente a estas personas tener el conocimiento de todo: tal es la verdadera «redención».

21,5. Otros practican el rito de la «redención» sobre los moribundos en su último momento: derraman sobre sus cabezas aceite y agua o el susodicho ungüento mezclado con agua, con las invocaciones dichas, a fin de que se hagan inasibles e invisibles a los Principados y Potestades y su hombre interior suba sobre los espacios invisibles, abandonando el cuerpo donde el mundo creado y dejando el alma cerca del Demiurgo. Al llegar donde las Potestades, después de su muerte, el iniciado estará obligado a decir estas palabras: «Soy un hijo salido del Padre, del Padre preexistente, y un hijo en el Preexistente. He venido para ver todo lo que me es propio y lo que me es extraño —mas no enteramente extraño, porque pertenece a Acamoth, que es Mujer y lo ha hecho todo para sí, y su linaje descende del Preexistente— y yo vuelvo a mi propiedad de donde he salido». Diciendo estas palabras escapará de las Potestades. Llegará a continuación donde los Ángeles que rodean al Demiurgo que les dirá: «Soy un vaso precioso^a, más precioso que la Mujer que os ha hecho. Si vuestra Madre ignora su origen, yo en cambio me conozco y sé de donde soy. E invoco a la incorruptible Sabiduría que está en el Padre, y es la Madre de vuestra Madre, que no tiene ni Padre, ni marido; es una Mujer nacida de Mujer la que os ha hecho a vosotros,

ignorando quién era su Madre e imaginándose que estaba sola; en cambio yo invoco a su Madre». Al oír estas palabras, los Ángeles que rodean al Demiurgo quedarán turbados sobremedida y se asirán a su raíz y al linaje de su Madre; en cuanto al iniciado se marchará a su propiedad, rechazando su vínculo de unión, es decir a su alma.

Tales son los datos que han llegado a nosotros sobre su «redención». Mas como se diferencian unos de otros en sus enseñanzas y en sus tradiciones, y los últimos tratan de hallar cada día algo nuevo y producir unos frutos que nadie ha imaginado jamás: es dificultoso describir de manera exhaustiva sus doctrinas.

3. La Regla de la Verdad (22, 1-2)

22,1. En cambio nosotros guardamos la Regla de la Verdad, según la cual «hay un solo Dios» todopoderoso «que ha creado todo» por medio de su Verbo y «ha organizado todo y ha hecho de la nada todas las cosas para que existan»^a, tal como dice la Escritura: «Por la Palabra del Señor los cielos fueron hechos, y por el Soplo de su boca existe todo su poder»^b; y también: «Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo»^c. De este todo no se exceptúa nada: El Padre ha hecho por sí mismo todas las cosas, tanto las visibles, como las invisibles^d, tanto las sensibles, como las inteligibles, tanto las temporales a causa de su «economía», como las eternas^e. No las ha hecho por medio de los Ángeles, ni por medio de las «Potestades» sin su consentimiento, porque Dios no tiene necesidad de nadie; sino que por medio de su Verbo y de su Espíritu ha hecho todo, ha dispuesto todo, ha gobernado todo, y ha dado el ser a todo. Es Él el que ha hecho el mundo —porque el mundo es parte de ese «todo»—, y el que ha modelado al hombre^f. Es el Dios de Abraham, de Isaac y de

22,1 a) Heras. Pastor Mand. I. II. Mac. 7, 28. Sab. 1, 14; b) Ps 32, 6; c) Jn. 1, 3; d) Col. 1, 16; e) II Cor. 4, 18; f) Gen. 2, 7.

Jacob^g, sobre el cual no hay otro Dios, ni otro «Principio», ni otro Poder, ni otro Pleroma; es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo^h, tal como lo manifestaremos.

Guardando esta Regla, podíamos, por muy variados y abundantes que sean los dichos de los herejes, probar que están apartados de la verdad. En efecto, casi todos los herejes afirman que hay un solo Dios; pero cambian esa afirmación por su doctrina perversa, siendo desagradecidos con su Creador tanto como los paganos lo son por medio de la idolatría. Por otra parte ellos menosprecian la obra modelada por Dios, rechazando su propia salud, erigiéndose en acusadores salvajes y en falsos testigos contra sí mismos

Ciertamente resucitarán en su carne, aunque no lo deseen, para reconocer el poder de Aquél que los resucitará de entre los muertos, mas no serán incluidos en el número de los justos a causa de su incredulidad.

22,2. Por tanto, como la detección y refutación de todos los herejes es forzosamente variada y multiforme y nuestro propósito es contradecir a todos según el carácter propio de cada uno, hemos juzgado necesario referir ante todo cuál es su fuente y su «raíz», a fin de que, conociendo a su más excelso «Abismo» (Bytho), sepas de qué árbol han brotado tales «frutos».

TERCERA PARTE

ORIGEN DE LOS VALENTINIANOS

I. Los Antepasados o antecesores lejanos de los Valentinianos*Simón el mago Menandro*

23,1. Se trata, en efecto, de Simón de Samaría, el mago aquel de quien Lucas, discípulo y compañero de los apóstoles, dice: «Hacía tiempo que venía practicando la magia en la ciudad un hombre llamado Simón, que tenía fuera de sí a la gente de Samaría, diciendo que él era algo grande.

Todos, del más pequeño al más grande, le seguían y decían: «Este es la fuerza de Dios llamado el Gran Poder». Le seguían porque durante bastante tiempo los había embelesado con sus magias^a. En efecto, este Simón fingió abrazar la fe. Pensó que los apóstoles mismos realizaban curaciones por arte de magia, y no por el poder de Dios, y que, por la imposición de las manos, llenaban del Espíritu Santo a los que habían creído en Dios por medio de aquel Cristo Jesús que ellos anunciaban. Sospechando que esto tenía lugar por un conocimiento mágico más elevado todavía, ofreció dinero a los apóstoles, a fin de recibir también él el poder de dar el Espíritu Santo al que él quisiera. Mas oyó decir a Pedro: «Perezca tu dinero y tú con él, porque has creído que el don de Dios se compra con dinero. No tienes parte ni herencia en esto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Veo que estás sumergido en una amarga hiel y atado por la iniquidad»^b. Y se hizo aún más incrédulo con respecto a Dios. En su deseo de rivalizar con los apóstoles y de hacerse célebre también él, se dedicó más tiempo aún a toda clase de prácticas mágicas, al punto de

23,1 a) Hech. 8, 9-11; b) Hech. 8, 20-23.

dejar mudos de admiración a muchos hombres. Vivió en la época del emperador Claudio, por el que se dice que fue honrado hasta con una estatua por causa de su magia.

Fue glorificado por muchos como un Dios, y enseñaba que había aparecido entre los judíos como Hijo que había descendido en Samaría como Padre, y había llegado a los gentiles como Espíritu Santo: Él era el Poder Supremo, es decir, el Padre que está sobre todas las cosas, y consentía en ser llamado de todas las maneras de que le llamaban los hombres.

23,2. Simón de Samaría, de quien provienen todas las herejías, funda su secta sobre el sistema siguiente: Habiendo redimido en Tiro de Fenicia a una cierta Helena, que practicaba la prostitución, se puso a recorrer la tierra con ella, diciendo que era su primera Concepción, Madre de todas las cosas, por medio de la cual había tenido al principio la idea de crear a los Ángeles y a los Arcángeles. Esta Ennoía (Idea) había saltado fuera de él: Sabiendo lo que quería su Padre, había descendido a los lugares inferiores y había dado a luz a los Ángeles y a las Potestades, por quienes fue creado a continuación este mundo. Mas, después de haberlos dado a luz, había sido retenida prisionera por ellos, por envidia, porque no querían ellos pasar por ser descendientes de ningún otro. El mismo, en efecto, fue totalmente ignorado por ellos; su Ennoia (Pensamiento) fue retenida prisionera por las Potestades y Ángeles, emitidos por ella; y para que no pudiera volver a subir a su Padre, fue abrumada por ellos con toda clase de ultrajes, hasta el extremo de ser encerrada en un cuerpo humano y ser como trasvasada, en el transcurso de los siglos, a diferentes cuerpos de mujer.

Ella estuvo, entre otras, en aquella Helena, que fue causa de la guerra de Troya; y así se explica que Estesícoro, por haberla ultrajado en sus poemas, quedara ciego, mientras que después, al arrepentirse y haberla celebrado en sus palinodias, recobrara la vista.

Pasando así de cuerpo en cuerpo y, no cesando de recibir ultrajes, acabó al fin en un lugar de prostitución:» de aquí que se le llamara la «oveja perdida»^a.

23,3. Por eso vino él en persona para recobrar a la primera (oveja perdida) y librarla de sus cadenas, y para procurar también la salvación a los hombres por medio del conocimiento suyo. Como los Ángeles gobernaban mal el mundo, porque cada uno de ellos codiciaba el mando, vino él a remediar esta situación. Descendió y se transformó, haciéndose semejante a los Principados, Potestades y Ángeles: de la misma manera se manifestó como un hombre entre los hombres, sin ser hombre, y se manifestó sufriendo en Judea, sin sufrir realmente. Los profetas debieron sus profecías a la inspiración de los Ángeles, autores del mundo. Así, los que tenían puesta su confianza en Simón y Helena, no debieron preocuparse más de sí mismos, sino, como hombres libres, hacer lo que les viniera en gana: porque lo que salvaba a los hombres era la gracia de Simón, no las obras justas. Porque las obras no eran justas por naturaleza, sino accidentalmente. Porque lo dispusieron así los Ángeles, creadores del mundo, con el fin de reducir a la esclavitud a los hombres por medio de sus mandamientos. Así prometía Simón destruir el mundo y liberar a los suyos del dominio de los Autores del mundo.

23,4. Sus iniciados viven por tanto en el libertinaje y dedicándose a la magia, tanto como pueden. Usan de exorcismos y de sortilegios. Recurren también a los filtros amorios, a los hechizos, a los demonios llamados «padres» y «Oniopompos» y a todas las demás prácticas mágicas. Poseen una imagen de Simón en la figura de Júpiter y otra imagen de Helena en la de Minerva a las que rinden culto, llevan un nombre derivado de Simón, el iniciador de su doctrina malvada porque se llaman Simonianos, de los que trae su origen la «gnosis» de falso nombre, como nos está permitido conocer por sus declaraciones mismas.

23,5. Su sucesor fue Menandro, originario de Samaría, quien alcanzó también la cumbre de la magia. El Poder Supremo era, según él, desconocido de todos; en cambio él era el Salvador enviado de lugares invisibles para la salvación de los hombres. El mundo fue creado por los Ángeles, los cuales, afirma él, de la misma manera que Simón, fueron emitidos por la Ennoia (Pensamiento). Por medio de la magia que enseñaba, daba una «gnosis» que permitía vencer a los ángeles mismos, que habían creado el mundo. Porque, por el hecho mismo de que eran bautizados en él, sus discípulos recibían la resurrección: y no podrían morir más, sino que se mantendrían libres de la vejez y de la muerte.

Saturnino Basíledes

24,1. Tomando como punto de partida la doctrina de estos dos hombres (Simón y Menandro), Saturnino, originario de Antioquía de Dafne, y Basíledes dieron origen a dos escuelas divergentes, la una en Siria, la otra en Alejandría. Para Saturnino, igual que para Menandro, existe sólo un Padre desconocido de todos, que ha creado a los Ángeles, a los Arcángeles, a las Virtudes y Potestades. Siete de estos Ángeles han hecho el mundo y todo lo que él encierra. El hombre mismo es obra de ellos. Una imagen resplandeciente, venida de lo alto del Poder Supremo, se les ha aparecido de repente. No habiendo podido retenerla, dice Saturnino, porque ha regresado arriba enseguida, se han alentado mutuamente los unos a los otros, diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»^a.

Así fue hecho el hombre; mas, a consecuencia de la debilidad de los Ángeles, la obra modelada por ellos no podía sostenerse en pie y se arrastraba a la manera de un gusano. Entonces el Poder Supremo se apiadó de él, porque había sido hecho a su imagen y le mandó una chispa de vida que le enderezó, le puso en pie y le hizo vivir. Después de la muerte, dice Saturnino, esta

chispa de vida regresa hacia lo que es de la misma naturaleza que ella; y los demás componentes vuelven a los elementos de que han salido.

24,2. El Salvador, afirma también él, es innato, sin cuerpo ni figura, pura apariencia, que se muestra como hombre. Dice que el Dios de los judíos es uno de los Ángeles: y como el Padre quería destruir a todos los Principados, vino Cristo para la destrucción del Dios de los Judíos y para la salvación de los que creyeran en él. Estos últimos son los que tienen en sí la chispa de la vida. En efecto, según él, dos géneros de hombres han sido modelados por los Ángeles, uno malo, otro bueno: como los demonios prestaban su ayuda a los malos, vino el Salvador para la destrucción de los hombres perversos y de los demonios y para la salvación de los buenos. El matrimonio y la generación, según él, proceden también de Satanás. La mayor parte de sus discípulos se abstienen de las carnes de animales y engañan a un gran número de hombres con esta falsa templanza. En cuanto a las profecías, han sido inspiradas unas por los Ángeles, autores del mundo y otras por Satanás. Este último, afirma Saturnino, es también él un Ángel, pero un Ángel enemigo de los Autores del mundo, y sobre todo del Dios de los Judíos.

24,3. Basílides en cambio, para demostrar que ha encontrado algo más elevado y más persuasivo, ha extendido hasta el infinito el desarrollo de su doctrina.

Según él, del Padre ingénito ha nacido en primer lugar el Entendimiento, después, del Entendimiento ha nacido el Logos, después del Logos la Prudencia, después, de la Prudencia la Sabiduría y la Fuerza, después de la Fuerza y de la Sabiduría las Virtudes, los Principados y los Ángeles, que él llama los primeros, por quienes ha sido hecho el primer cielo. Después, por emanación a partir de éstos, han venido a la existencia otros Ángeles y han hecho un cielo semejante al primero. De la misma manera otros Ángeles han venido también a la existencia por emanación a partir de los precedentes, como réplica de los que están por encima de ellos. Y han fabricado un tercer cielo.

Después de esta tercera serie de Ángeles ha salido por degradación una cuarta, y así sucesivamente. De esta manera, aseguran ellos, han venido a la existencia unas series sucesivas de Principados y de Ángeles hasta alcanzar 365 cielos. Esta es la razón de por qué coinciden el número de días del año y el número de cielos.

24,4. Los Ángeles que ocupan el cielo inferior, que vemos nosotros, han hecho todo lo que contiene el mundo y se han repartido entre sí la tierra y las naciones que hay sobre ella. Su jefe es aquél que pasa por ser el Dios de los Judíos. Habiendo querido someter las demás naciones a sus hombres, es decir, a los Judíos, se levantaron contra él los demás Principados y le atacaron. Por tal motivo el resto de las naciones se levantó también contra su nación. Entonces el ingénito e innominable Padre, viendo la perversidad de los Principados, envió a su Hijo primogénito, el Entendimiento —el llamado Cristo— para liberar del dominio de los Autores del mundo a los que creían en él. Este Cristo se presentó ante las naciones de los Principados, sobre la tierra, en la figura de un hombre, y realizó milagros. Por consiguiente no fue él el que sufrió la Pasión, sino que un cierto Simón de Cirene fue obligado a llevar la cruz en su lugar^a.

Y fue este Simón el que, por ignorancia y error, fue crucificado, después de haber sido transformado por él, para que se le tomara por Jesús; en cuanto al mismo Jesús, tomó los rasgos de Simón y, manteniéndose resueltamente firme, se burló de los Principados. En efecto, como era un Poder incorpóreo y el Entendimiento del ingénito Padre, se transfiguró como quiso y regresó así a Aquél que le había enviado, burlándose de ellos porque no podía ser retenido y era invisible a todos. Los que «saben» (gnósticos) eso han sido liberados de los Principados, autores del mundo. Y no es preciso confesar a Aquél que ha sido crucificado, sino a aquél que ha venido en forma humana, y se ha pensado que

ha sido crucificado, ha sido llamado Jesús y ha sido enviado por el Padre, para destruir, por medio de «esta economía», las obras de los autores del mundo. Por tanto, dice Basílides si alguno confiesa al crucificado, sigue siendo esclavo todavía y está bajo la potestad de los que han hecho los cuerpos; mas si alguien le niega es liberado de su dominio y conoce la «economía» del ingénito Padre.

24,5. Solamente hay salvación para el alma: porque el cuerpo es corruptible por naturaleza. Las profecías provienen también ellas de los Principados, autores del mundo, en cambio la ley proviene propiamente de su jefe, es decir, del que ha hecho salir al pueblo de la tierra de Egipto. Se deben menospreciar las viandas ofrecidas a los ídolos, tenerlas en nada y usar de ellas sin el menor temor; se deben considerar también como materia indiferente las demás acciones, incluidas todas las formas posibles de libertinaje. Estas personas recurren, también ellas, a la magia, a los sortilegios, a las invocaciones y a las demás prácticas mágicas.

Inventan nombres que dicen ser de los Ángeles; cuentan quiénes están en el primer cielo, quiénes en el segundo y seguidamente se esfuerzan por exponer los nombres de los Principados, Ángeles, y Virtudes de sus 365 cielos inventados. Dicen asimismo que el nombre con que descendió y ascendió el Salvador es Caulacau.

24,6. Por tanto el que aprenda estas cosas y conozca a todos los Ángeles y sus orígenes se hará, también él, invisible e inasible a los Ángeles y a las Potestades, como lo ha sido Caulacau. Y así como el Hijo ha sido desconocido para todos, así tampoco ellos podrán ser conocidos de nadie: en tanto que ellos conocerán a todos los Ángeles y pasarán por sus dominios respectivos, serán para todos invisibles y desconocidos.

¡Porque, dicen, tú conoce a todos; pero que nadie te conozca! Por ese motivo los que son así están preparados para toda clase de negaciones, más aún ni siquiera pueden sufrir a causa del Nombre, porque son semejantes a los Eones. Pocos hombres son

capaces de un conocimiento semejante; habrá uno entre mil y dos entre diez mil. Dicen que los judíos han dejado de existir y que los cristianos no existen todavía.

Sus misterios no deben ser divulgados en absoluto, sino mantenidos en secreto por medio del silencio.

24,7. Determinan la posición de los 365 cielos, de la misma manera que los astrólogos: tomando los principios de esos astrólogos los adaptan al carácter propio de su doctrina. Su jefe es Abraxas, y por eso tienen en sí el número 365.

Carpocrates sus discípulos

25,1. Según Carpócrates y sus discípulos, el mundo juntamente con lo que contiene ha sido hecho por los Ángeles, muy inferiores al Padre ingénito. Jesús nació de José; siendo semejante a los demás hombres, sin embargo fue superior a todos en cuanto al alma, que, siendo fuerte y pura, conservaba el recuerdo de lo que había visto en la esfera del ingénito Padre; por eso le fue enviada por el Padre una fuerza, para que pudiera escapar de los autores del mundo; y, después de atravesar todos sus dominios y quedarse liberada en todos ellos, subiera hasta el Padre. Esto mismo valdría también igualmente para las almas que abrazaran unas disposiciones semejantes a las suyas. El alma de Jesús, según ellos, educada en las costumbres judías, ha menospreciado a esos autores; por eso ha recibido unas fuerzas gracias a las cuales ha destruido las pasiones, que se encuentran en los hombres como castigo.

25,2. Por tanto, según ellos, el alma que, a semejanza de la de Jesús, es capaz de menospreciar a los Principados, autores del mundo, recibe igualmente una fuerza que le permite realizar las mismas acciones.

Así han llegado a tal grado de enaltecimiento, que algunos de ellos dicen ser iguales a Jesús, en tanto que otros se declaran incluso más fuertes que él; y otros se creen superiores a sus discípulos, como Pedro y Pablo y demás apóstoles: que no eran en nada inferiores a Jesús. Porque, proviniendo sus almas de la

misma esfera, y, por tal motivo, menospreciando igualmente a los autores del mundo, han sido recompensados con la misma fuerza y regresan de nuevo al mismo lugar.

Y, si alguno llega a menospreciar las cosas de aquí abajo más que Jesús, puede ser superior a él.

25,3. Recurren también ellos a las prácticas mágicas, a los sortilegios, a los filtros amatorios, a los hechizos, a los demonios paredros (que asisten a algunos) y Oniropompos (que inspiran los sueños), y a las demás perfidias, diciendo que tienen poder para dominar no sólo a las Potestades y autores del mundo sino también todas las obras que contiene el mundo. También estas personas han sido enviadas por Satanás a los gentiles para la detracción del venerable nombre de la Iglesia, a fin de que los hombres, al oír de una y otra manera hablar de las cosas que son propias de ellos, imaginándose que nosotros somos iguales a ellos, aparten sus oídos de la predicación de la verdad, o que, viendo igualmente su conducta, nos envuelvan a todos en la misma difamación: Siendo así que nosotros no tenemos nada de común con ellos, ni en la doctrina, ni en las costumbres, ni en la vida cotidiana. En cambio estas personas, que viven en el libertinaje y profesan unas doctrinas malvadas se sirven del Nombre como de un velo, con que encubren su maldad ^a. «Su condenación es justa» ^b, y recibirán de Dios el salario adecuado a sus obras.

25,4. Han llegado a tal grado de aberración que afirman poder cometer libremente toda clase de maldades y sacrilegios. Dicen que el bien y el mal no revelan más que opiniones humanas. Y deberán las almas en todo caso, mediante su transmigración a cuerpos sucesivos, experimentar todas las maneras posibles de vivir y de obrar a menos que, dándose prisa, realicen de golpe, en una sola venida, todas las obras, que no sólo no nos está permitido decir ni oír, sino que ni siquiera pueden concebirse, ni

creer que pueda realizarse nada semejante entre hombres, que viven en las mismas ciudades que nosotros.

Por tanto, según sus escritos, es preciso que sus almas experimenten todas las maneras posibles de vivir, de manera que, al salir del cuerpo no queden reducidas a la nada; dicho de otra manera, deben de obrar de manera que no falte nada a su libertad, con cuya falta se verían obligadas a volver de nuevo a un cuerpo. He aquí por qué, según ellos, ha dicho Jesús esta parábola: «Cuando estés con tu adversario en el camino, procura librarte de él, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil y te metan en la cárcel. En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último céntimo^a.» Dicen que el adversario es uno de los Ángeles que están en el mundo, al que llaman el Diablo; éste, según ellos, ha sido hecho para llevar las almas de los difuntos de este mundo al Arconte. Dicen que este Arconte es el primero de los Autores del mundo; él entrega las almas al otro Ángel, que es su alguacil, para que las encierre en otros cuerpos: porque, según ellos, el cuerpo es la prisión. En cuanto a la frase: «Tú no saldrás de allí hasta que pagues el último céntimo», interpretan de la manera siguiente: Nadie se librará del poder de los Ángeles, que han hecho el mundo, sino que cada alma pasará de un cuerpo a otro, hasta que se realicen todas las obras que se hacen en este mundo; cuando no quede ninguna obra por realizarse, el alma liberada se elevará a Dios, que está sobre los Ángeles, autores del mundo.

Así se salvarán todas las almas, ya sea entregándose de una vez a todas las actividades en cuestión en una sola venida, ya sea pasando de cuerpo en cuerpo y realizando toda clase de actividades deseadas, cualquiera que sea la clase de vida, pagan su deuda y quedan así libres de la necesidad de regresar a un cuerpo.

25,5. Aunque efectivamente se realicen entre ellos todas estas maldades, todas estas abominaciones, todos estos crímenes,

yo jamás creeré en ello. Sea lo que sea, así consta en sus inscripciones y así lo manifiestan ellos, que Jesús comunicó cosas secretas separadamente a sus discípulos y apóstoles, y les ha pedido que también ellos transmitan separadamente a los que consideren dignos y tengan fe. En efecto la salvación viene por medio de la fe y de la caridad; todo lo demás, como es indiferente, será unas veces bueno otras veces malo, según la opinión de los hombres, porque no hay nada que sea malo naturalmente.

25,6. Algunos de ellos marcan a fuego a sus discípulos en la parte posterior del lóbulo de la oreja derecha. Perteneciente a su grupo era una tal Marcelina, que llegó a Roma en la época de Aniceto y fue causa de la perdición de muchos. Ellos se dan el título de «Gnósticos». Poseen imágenes: unas pintadas, otras hechas de diversas materias, porque, según ellos, un retrato de Cristo fue hecho por Pilato en el tiempo en que Jesús vivía entre los hombres. Coronan estas imágenes y las exponen juntamente con las de los filósofos profanos, es decir, con las de Pitágoras, de Platón, de Aristóteles y demás. Y rinden a estas imágenes todos los demás honores en uso entre los gentiles

Cerinto

26,1. Un cierto Cerinto enseñó en Asia la siguiente doctrina: El mundo no ha sido creado por el primer Dios, sino por un Poder separado considerablemente del Poder Supremo, que está sobre todas las cosas, y desconoce al Dios que está sobre todo. Jesús no ha nacido de una Virgen —porque esto le parecía imposible— sino que ha sido hijo de José y de María nacido de la misma manera que los demás hombres, y ha aventajado a todos en justicia, prudencia y sabiduría. Después del bautismo, Cristo, viniendo de parte del Poder Supremo, que está sobre todas las cosas, ha descendido sobre Jesús en forma de una paloma; es entonces cuando este Cristo ha anunciado al Padre desconocido y ha realizado unos milagros; después finalmente se ha separado volando de Jesús: Jesús ha padecido y ha resucitado, en cambio Cristo ha seguido impasible, porque él era espiritual.

Ebionotas y Nicolaítas

26,2. Los que se llaman Ebionitas admiten que el mundo ha sido hecho por el verdadero Dios; pero, por lo que atañe al Señor, profesan las mismas opiniones que Cerinto y Carpócrates. Utilizan solamente el Evangelio según Mateo, rechazando al apóstol Pablo, a quien le acusan de apostasía con respecto a la Ley. Tratan de comentar las profecías con una minuciosidad excesiva.

Practican la circuncisión y perseveran en las costumbres legales y en las prácticas judías, hasta el extremo de adorar a Jerusalén, como si fuera la casa de Dios

26,3. En cambio los Nicolaítas tienen por maestro a Nicolás, uno de los siete primeros diáconos ordenados por los apóstoles^a.

Viven sin moderación. El apocalipsis de Juan manifiesta plenamente quiénes son: Enseñan que la fornicación y consumo de las viandas ofrecidas a los ídolos son cosas indiferentes^b.

También la Escritura dice a este propósito: «Tienes a tu favor que odias las obras de los Nicolaítas, que yo odio también»^c.

Cerdón y Marción

27,1. Ciertamente Cerdón tomó también él como punto de partida la doctrina de personas del entorno de Simón; habiendo llegado a Roma en la época de Higinio, que ocupó por sucesión el noveno lugar del episcopado a partir de los apóstoles, enseñó que el Dios anunciado por la ley y los profetas no es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo: porque el primero ha sido conocido y el segundo es desconocido, el uno es justo y el otro es bueno

27,2. Le sucedió Marción, originario del Ponto, quien acrecentó su escuela blasfemando desvergonzadamente contra el Dios anunciado por la Ley y los profetas: según él, ese Dios es

26,3 a) Hech. 6, 5-6; b) Apoc. 2, 14-15; c) Ap. 2, 6.

un ser maléfico, que ama las guerras, inconstante en sus resoluciones y que se contradice a sí mismo. En cuanto a Jesús, enviado por el Padre, que está por encima del Dios, Autor del mundo, vino a Judea en la época del gobernador Poncio Pilato, procurador de Tiberio César; se manifestó a los habitantes de Judea bajo la forma de un hombre, aboliendo la Ley y los profetas y todas las obras del Dios que ha hecho el mundo y que Marción llama también el Gobernador del mundo. Además Marción mutila el Evangelio según Lucas, eliminando de él todo lo relativo al nacimiento del Señor, suprimiendo también muchos pasajes de las enseñanzas del Señor, precisamente aquéllos en que confiesa él de la manera más clara que el Creador de este mundo es su Padre.

Por eso Marción ha hecho creer a sus discípulos que él es más veraz que los apóstoles, que han transmitido el Evangelio, cuando pone en sus manos, no el Evangelio, sino una pequeña parte de ese Evangelio. Mutila de la misma manera las epístolas del apóstol Pablo, suprimiendo todos los textos donde el apóstol afirma manifiestamente que el Dios que ha hecho el mundo es el Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo, así como todos los pasajes donde el Apóstol hace mención de profecías que anuncian de antemano la venida del Señor.

27,3. Según Marción, solamente habrá salvación para aquellas almas, que hayan aprendido sus enseñanzas; dice que el cuerpo, como ha sido sacado de la tierra, es imposible que participe de la salvación. A su blasfemia contra Dios añade también, haciéndose realmente portavoz del diablo y perfecto contradictor de la verdad, la afirmación siguiente: Caín y sus semejantes, los Sodomitas, los Egipcios y los que se parecen a ellos, absolutamente todos los gentiles, que se han revolcado en toda clase de maldades, han sido salvados por el Señor, cuando descendió a los infiernos, porque han acudido a él y él los ha acogido en su reino; en cambio Abel, Enoc, Noé y los demás «justos», Abraham y los patriarcas sus descendientes, así como todos los profetas y todos los que han agradado a Dios no han participado de la salvación: ¡He aquí lo que ha proclamado la Serpiente que residía en Mar-

ción! En efecto, dice Marción, estos «justos» sabían que su Dios estaba incesantemente tratando de probarlos; creyendo que los estaba probando todavía entonces, no acudieron a Jesús ni creyeron en su mensaje: por eso sus almas se quedaron en los infiernos.

27,4. Puesto que este Marción es el único que ha tenido el atrevimiento de mutilar abiertamente las Escrituras, y que ha atacado a Dios más desvergonzadamente que todos los demás, le vamos a contradecir por separado; le vamos a convencer de error a partir de sus escritos y, Dios mediante, le refutaremos a partir de las palabras del Señor y del Apóstol, que él ha conservado y utiliza. Nos es preciso hacer mención de él ahora, para que sepa que todos los que de la manera que sea, adulteran la verdad y ofenden la predicación de la Iglesia, son los discípulos y sucesores de Simón, el mago de Samaría. Aunque, con el fin de engañar a los demás, se guarden de mencionar el nombre de su maestro, es su doctrina la que enseñan; ponen delante el Nombre de Cristo-Jesús como un cebo, mas es la impiedad de Simón la que propagan de diversas maneras, causando así la pérdida de muchos; por medio de ese bello Nombre^a propagan su detestable doctrina; y, por medio de la dulzura y belleza de ese Nombre, presentan el amargo y pernicioso veneno de la Serpiente, que fue el iniciador de la apostasía.

Diversas sectas

28,1. A partir de los que acabamos de nombrar, han surgido múltiples ramificaciones de multitud de sectas, por el hecho de que muchos de ellos —o por mejor decir todos— quieren ser unos maestros: abandonando la secta en la que estuvieron y disponiendo una doctrina a partir de otra, después también una tercera a partir de la precedente, se esfuerzan en enseñar de nuevo,

manifestándose a sí mismos como inventores del Sistema que han construido de esa manera.

Así, por ejemplo, los que se inspiran en Saturnino y Marción y se llaman los Continentes han rechazado el matrimonio, inutilizando la antigua obra modelada por Dios y acusando indirectamente a Aquél que hizo al hombre y a la mujer para la procreación^a; han introducido la abstinencia de lo que entre ellos se llaman seres vivientes, mostrándose desagradecidos a aquel Dios que hizo todas las cosas.

Niegan igualmente la salvación del primer hombre. Esto último, ha sido descubierto por ellos en nuestros días, cuando un tal Taciano ha sido el primero en introducir esta blasfemia. Este Taciano fue discípulo de Justino, en el tiempo que estuvo con él no manifestó nada semejante; pero después del martirio de Justino, se separó de la Iglesia; hinchado con la idea de ser un maestro y creyéndose, en su orgullo, superior a todo el mundo, quiso dar un rasgo distintivo a su enseñanza: como los discípulos de Valentín, se imaginó unos Eones invisibles; como Marción y Saturnino, proclamó que el matrimonio era una corrupción y un libertinaje; y rechazó finalmente la salvación de Adán.

28,2. Otros, en cambio, tomando como punto de partida las enseñanzas de Basílides y de Carpócrates, han introducido uniones libres, bodas múltiples y el uso indiferente de viandas ofrecidas a los ídolos: diciendo que Dios no se preocupa de esas cosas. ¿Pues qué?

No es posible decir el número de los que, de una manera o de otra, se han apartado de la verdad^a.

2. Los «Gnósticos» o antecesores inmediatos de los valentinianos

Los Barbeliotes

29,1. Los Simonianos, de quienes hemos hablado anteriormente, han dado también origen a multitud de «Gnósticos», que han surgido como los hongos que brotan de la tierra. Vamos a relatar sus principales doctrinas.

Algunos de ellos ponen en la base de su sistema a un Eón, que no envejece jamás, con un Espíritu virginal, al que llaman «Barbelón»: donde dicen que estaba el Padre «innominable». Este tuvo la idea de manifestarse a Barbelón en persona. Al aparecer esta Ennoia (idea) se puso delante y pidió la Pre-gnosis. Cuando esta Pre-gnosis apareció a su vez, pidieron entre las dos de nuevo y apareció la Incorruptibilidad, después la «vida eterna». Barbelón se alegraba de todas estas producciones del Padre; mirando a la Grandeza, concibió ella con el gozo de verla, y dio origen a una luz semejante a esa Grandeza. Tal es, según ellos, el comienzo de la iluminación y de la generación de todas las cosas. El Padre entonces, viendo esa Luz, la ungió con su benevolencia, a fin de que llegara a la perfección: dicen que éste es Cristo. El cual, a su vez, pidió que se le concediera como ayuda el «Entendimiento», y apareció el Entendimiento. El Padre emitió además a la «Voluntad» y al Logos. Se unirán entonces en syzygias (parejas) la Ennoia 1 Idea) y el Logos, la Incorruptibilidad y Cristo, la vida eterna y la voluntad, el Entendimiento y la Pre-gnosis. Glorificarán todos ellos a la gran Luz y a Barbelón.

29,2. A continuación, de la Ennoia (Idea) y del Logos fue emitido, según ellos, el «Autógeno», para representar a la Gran Luz: Este fue honrado sobremanera y le fueron sometidas todas las cosas^a. Con él fue emitida la «Verdad» y se formó una syzy-

29,2 a) Ps. 8, 6-7. I Cor. 15, 26-28. Ef. 1, 22. Hebr. 2, 8.

gia (pareja) con el Autógeno y la Verdad. Por otra parte, de la Luz, que es Cristo, y de la Incorruptibilidad han sido emitidos, según ellos, cuatro luminares, por la presencia del «Autógeno».

De la Voluntad y de la Vida eterna fueron hechas cuatro emisiones para el servicio de los cuatro luminares. Estas emisiones se llaman: «Charis», «Thelesis», «Synesis» y «Phronesis» Charis (la Gracia) estuvo unida al primero y gran Luminar, afirman que éste es el Salvador y le llaman «Harmozel»; «Thelesis» (la perfección) estuvo unida al segundo Luminar y le llaman «Raquel»; «Synesis» (el encuentro) se unió al tercero y le llaman «David»; Phronesis (el pensamiento) estuvo unido al cuarto y le llaman Eleleth

29,3. Constituido todo de esta manera, el Autogénico emitió al «Hombre» perfecto y verdadero al que llaman «Diamante», porque ni ha sido domado él, ni aquéllos de quienes procede. Fue alejado de «Harmozel» y colocado al lado del Primer Luminar. Juntamente con el Hombre y unida a él fue emitida por el Antogénito la «Gnosis» perfecta: por eso el Hombre ha «conocido» al que está sobre todas las cosas, y una fuerza invencible le fue dada también por el Espíritu virginal.

Y todos los Eones, descansando en lo sucesivo, cantarán unos himnos al gran Eón. De aquí han aparecido, según ellos, la Madre, el Padre y el Hijo. Del «Hombre» y de la «Gnosis» nació un árbol, al que dan igualmente el nombre de Gnosis

29,4. A continuación, del primer Ángel, que se halla enfrente del Unigénito, fue emitido, según ellos, el «Espíritu Santo»; al que llaman también «Sabiduría» y «Prunikos».

Esta viendo que los demás tenían su pareja, en tanto que ella estaba privada de ella, buscó a alguien a quien pudiera unirse; y al no encontrar se esforzaba y se desplegaba mirando a regiones inferiores con la esperanza de hallar allí un cónyuge; al no encontrar, saltó fuera, aunque le desagradó el haberse lanzado sin el consentimiento del Padre. Después, llevada de la simplicidad y la bondad, dio origen a una obra que contenía la Ignorancia y la Presunción.

Esta obra, según ellos, es el Proto-Arconte, el Autor de este mundo. Este obtuvo de su Madre un gran poder y se alejó de ella a lugares inferiores y realizó el firmamento del cielo, donde habita. Siendo la Ignorancia, realizó la Potestades que están debajo de él, los Ángeles, los firmamentos y todas las cosas terrestres. Dicen que se unió después a la Presunción y dio origen a la Maldad, a los Celos, a la Envidia, a la Discordia, y a la Pena. Ante estas producciones, huyó entristecida su Madre Sabiduría, y se retiró a las alturas: y contando desde abajo se hizo la Ogdóada. Cuando se retiró su Madre, él se creyó solo, y por este motivo dijo: «Yo soy un Dios celoso, y no hay otro Dios fuera de mí»^a. Tales son las mentiras de estas personas.

Los Ofitas

30,1. Otros en cambio hacen el prodigioso relato siguiente. Existía en el poder del Abismo una luz primordial bienaventurada, incorruptible e ilimitada: El Padre de todas las cosas, llamado el «Primer Hombre». De él surgió una Ennoia (Idea) que dicen ser el Hijo del que le emitió: es el «Hijo del Hombre», o sea, el Segundo Hombre.

Por debajo de ellos se hallaba el Espíritu Santo y debajo del Espíritu de arriba se encontraban los elementos separados, a saber, el agua, las tinieblas, el abismo, y el caos: sobre estos elementos, según ellos, aleteaba el Espíritu^a, al que ellos llaman la primera Mujer «. Después, según ellos, el primer Hombre con su Hijo saltó de gozo ante la belleza del Espíritu, es decir, de la Mujer, e, iluminándola, engendró de ella la luz incorruptible, el Tercer Varón, al que llaman «Cristo», hijo del Primero y del Segundo Hombre y del Espíritu Santo o Primera Mujer.

30,2. El Padre y el Hijo se unieron por tanto a la Mujer, a la que llaman también la Madre de los Vivientes^a. Mas ella fue inca-

29,4 a) Ex. 20, 5. Is. 45, 5-6; 46, 9. — 30,1 a) Gen. 1, 2. — 30,2 a) Gen. 3, 20.

paz de llevar y de contener la excesiva cantidad de Luz, que, según ellos, excedía y sobrepasaba lo propio de la izquierda. Así solamente Cristo vino a ser su Hijo como persona de la derecha; elevado a las regiones superiores, fue elevado a continuación con su Madre al Eón incorruptible. Esta es la verdadera y santa Iglesia: La convocación, la sociedad y la unión del Padre de todas las cosas o Primer Hombre, del Hijo o Segundo Hombre, de Cristo su Hijo y de la Mujer, que acabamos de nombrar.

30,3. Ahora bien la Virtud que surgió de la Mujer poseía una la «gota de luz»; enseñan que esa Virtud abandonando el territorio de los Padres se precipitó en las regiones inferiores, por propia voluntad, llevándose con ella la «gota de luz». A esa Virtud llaman ellos la Izquierda o Prunikos, o Sabiduría o Macho-Hembra. Descendió lisa y llanamente a las aguas, que estaban inmóviles, las puso en movimiento, sumergiéndose sin pudor hasta el fondo, y se hizo un cuerpo de ellas.

Porque, según ellos, todas las cosas acudieron a la «gota de luz» que estaba en ella, se adhirieron a Ella, y la aprisionaron por toda, partes; y si hubiera carecido de esta «gota de luz», hubiera sido tragada enteramente y sumergida por la materia.

Mientras estaba encadenada a ese cuerpo de materia y muy entorpecida por ello, vino un día a recobrar el sentido: e intentó escaparse de las aguas y subir a la Madre, mas no pudo a causa de la gravedad del cuerpo que le envolvía. Sintiendo muy mal, trató de ocultar la luz salida de regiones superiores, temiendo que esa luz quedara lastimada también por los elementos inferiores, tal como ella. Como le fue comunicada en el momento una fuerza especial por la «gota de luz» que estaba en ella, saltó y se elevó a las alturas. Llegada allí, se desplegó y llenó todo e hizo este cielo visible, que sacó de su cuerpo y se quedó bajo ese cielo que hizo, conservando aún la figura de un cuerpo acuático. Mas habiendo apetecido una luz superior y habiendo recibido una fuerza nueva, abandonó totalmente su cuerpo y se libró de él. Ellos llaman a ese cuerpo su hijo, y llaman a ella «Mujer salida de Mujer».

30,4. Dicen que su hijo tuvo, también él, un cierto soplo de incorruptibilidad, que le había dejado su Madre, gracias al cual le era posible obrar. Hecho poderoso, emitió también él, tal como dicen, a partir de las aguas, a un hijo sin su Madre: porque afirman que no conoció a su Madre. Su hijo, imitando a su padre, emitió a otro hijo; este tercero engendró a un cuarto; el cuarto a un quinto, el quinto a un sexto y el sexto a un séptimo. Así, según ellos, se completó la Hebdomada, siendo el octavo lugar ocupado por la Madre. Y de la misma manera que existe entre ellos una jerarquía de origen, existe también una jerarquía de dignidad y de potestad

30,5. He aquí los nombres con que visten de ridículo a los seres de su invención: al primero, que salió de la Madre, le llaman Jaldabaoth; al segundo, salido de Jaldabaoth, le llaman Jao, al tercero Sabaoth, al cuarto Adonai, al quinto Elohim, al sexto Hoy, al séptimo y último Astafeo. Estos Cielos, Virtudes, Potestades, Ángeles y Creadores ocupan por orden su propio lugar en el cielo, según sus respectivos orígenes, manteniéndose totalmente invisibles, y rigiendo las cosas celestes y terrestres. El primero de ellos, o sea Jaldabaoth, menospreció a la Madre, engendrando sin su permiso a hijos y nietos, incluso a los Ángeles, Arcángeles, Virtudes, Potestades y Dominaciones. Apenas llegados a la existencia, su hijos se vuelven contra él, para disputarle el primer puesto. En su tristeza y desesperación Jaldabaoth dirigió entonces su mirada a la hez de la materia, que se hallaba debajo de él, y quedó prendado de ella: dicen que le nació de ella un hijo, o sea, el Entendimiento, que tiene la forma enroscada de la Serpiente. De éste salieron el elemento espiritual, el elemento psíquico y todos los seres cósmicos (hílicos); en él tuvieron también su origen el Olvido, la Maldad, el Celo, la Envidia y la Muerte. Dicen que este Entendimiento, con forma de serpiente y enroscado del todo ha pervertido más aún a su Padre, a causa de su tortuosidad, cuando estaba con él en el cielo y en el paraíso.

30,6. Por eso Jaldabaoth saltando de gozo y, jactándose de ver todo lo que estaba debajo de él, dijo: Yo soy el Padre y Dios,

y no hay nadie sobre mí»^a. Mas la Madre, al oír estas palabras, le gritó: «No mientas, Jaldabaoth, porque está sobre ti el Padre de todas las cosas, o el Primer Hombre, así como el Hombre Hijo del Hombre». Quedaron todos sobrecogidos de espanto ante esta palabra extraña y este calificativo inesperado.

Mientras buscaban de dónde procedía este grito, les dijo Jaldabaoth, para distraerlos y atraerlos a sí: «Venid, hagamos al hombre a nuestra imagen»^b. Al oír esto, las seis Virtudes, siendo la Madre la que les inspiraba la idea de modelar al hombre, a fin de poder privar a todos por medio de él de su poder principal, uniéndose modelaron a un hombre^c de una anchura y una longitud prodigiosas; mas, como éste no hacía más que agitarse, ellas le arrastaron hasta su Padre. Era la Sabiduría misma la que les obligaba a hacer eso, a fin de privar a Jaldabaoth de su «gota de luz»; y para que, privado de su poder, no pudiera erigirse contra los que estaban sobre él.

En efecto sopló él en el hombre un espíritu de vida^d y secretamente se desprendió de su poder.

En cambio el hombre poseyó desde entonces el entendimiento y el pensamiento (enthymesis) —cosas que, según ellos, se salvarán— y en ese mismo instante dio gracias al Primer Hombre, olvidándose de sus Creadores.

30,7. Jaldabaoth, celoso, quiso entonces debilitar al hombre por medio de la mujer, y de su pensamiento extrajo a la mujer, a la que cogiéndola Prunikos la privó invisiblemente de su poder. Al llegar los demás y admirarse de su belleza, la llamaron Eva; y, codiciándola con ansiedad, engendraron hijos de ella, éstos fueron los Ángeles. Su Madre entonces trató de engañar a Eva y a Adán por medio de la Serpiente, para hacerles quebrantar el mandamiento de Jaldabaoth. Eva creyó a la primera, como si fuera el mismo Hijo de Dios el que le hubiera hablado, y persuadió a Adán a comer del árbol de que Dios les había prohibido comer.

30.6 a) Is. 45, 5-6; 46, 9; b) Gen. 1, 26; c) Gen. 2, 7; d) Gen. 2, 7.

Cuando hubieron comido, «conocieron»^a, según ellos, el Poder que está sobre todas las cosas, y se apartaron de los que les habían creado.

Prunikos, viendo que éstos habían sido vencidos por su propia obra, se alegró sobremanera, y exclamó que, como había ya un Padre incorruptible, Jaldabaoth había mentido dándose a sí mismo el nombre de Padre, y que, como había ya un Hombre y una Primera Mujer, había pecado realizando una copia adulterada.

30,8. Mas Jaldabaoth, a causa del olvido de que estaba rodeado, ni siquiera prestó atención a esas palabras: expulsó a Adán y Eva del Paraíso, porque habían transgredido su mandamiento. Porque él había querido que Eva engendrara hijos a Adán, mas no había logrado su deseo, porque su Madre se oponía a sus designios. Ésta privó secretamente a Adán y Eva de su «gota de luz» a fin de que el espíritu salido del Poder Supremo no participara ni de la maldición ni del oprobio. así dicen que, privados de la substancia divina, Adán y Eva fueron maldecidos por Jaldabaoth y arrojados del cielo a este mundo. La Serpiente, que había obrado contra su Padre, fue arrojada igualmente por él al mundo inferior. Sometió esta a su poder a los Ángeles que estaban allí y engendró a seis hijos, haciendo ella el número siete, a imitación de la Hebdómada que está cerca del Padre. Dicen que éstos son los siete demonios cósmicos que son hostiles y no cesan de oprimir a la raza humana, porque a causa de ellos su padre fue arrojado aquí abajo.

30,9. Ahora bien Adán y Eva habían tenido hasta entonces unos cuerpos ligeros, luminosos y, por decirlo así, espirituales, tal como habían sido modelados. Mas al llegar aquí abajo se volvieron en oscuros, pesados y perezosos.

Incluso sus almas se tornaron negligentes y débiles, porque no poseían más que el soplo cósmico, recibido de su Autor. Esto fue así hasta que Prunikós se compadeció de ellos y les devolvió